

Número 02

Nacionalismo y desarrollo en México

**JOSÉ ANTONIO ROMERO TELLAECHE
Y EMILIO ENRIQUE NAVARRO HERNÁNDEZ**

NOVIEMBRE 2024

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCENCIA ECONONÓMICAS



Advertencia

Los Documentos de Trabajo del CIDE son una herramienta para fomentar la discusión entre las comunidades académicas. A partir de la difusión, en este formato, de los avances de investigación se busca que los autores puedan recibir comentarios y retroalimentación de sus pares nacionales e internacionales en un estado aún temprano de la investigación.

De acuerdo con esta práctica internacional congruente con el trabajo académico contemporáneo, muchos de estos documentos buscan convertirse posteriormente en una publicación formal, como libro, capítulo de libro o artículo en revista especializada.

ORCID: 0000-0001-6199-6110 (José Antonio Romero Tellaeche)

ORCID: 0009-0003-9181-7242 (Emilio Enrique Navarro Hernández)

D.R. © 2024, Centro de Investigación y Docencia Económicas A.C.
Carretera México Toluca 3655, Col. Lomas de Santa Fe, 01210,
Álvaro Obregón, Ciudad de México, México.
www.cide.edu

✉@LibrosCIDE

Oficina de Coordinación Editorial
editorial@cide.edu
Tel. 5081 4003

Resumen

El texto analiza el nacionalismo en México y su relación con el desarrollo económico, comparándolo con experiencias europeas y asiáticas. Aunque se reconoce la influencia histórica de España y la cercanía conflictiva con Estados Unidos, se destaca cómo el nacionalismo puede ser un motor de progreso o un obstáculo, dependiendo de cómo se aplique. Se resalta el éxito de países asiáticos, como Japón, en combinar nacionalismo y desarrollo, a diferencia de México, donde los resultados han sido menos fructíferos. Asimismo, se señala cómo el intervencionismo estatal y la cohesión social han sido factores clave en los procesos exitosos en Asia, y cómo la falta de unidad y estabilidad en Latinoamérica ha dificultado replicar este modelo. El texto concluye que el nacionalismo mexicano debe enfocarse en superar divisiones internas y resistir la influencia externa para alcanzar un verdadero desarrollo.

Palabras claves: nacionalismo, desarrollo, intervencionismo, sociedad, México-Estados Unidos.

Abstract

The text analyzes nationalism in Mexico and its relationship with economic development, comparing it to European and Asian experiences. While recognizing the historical influence of Spain and the complex relationship with the United States, it highlights how nationalism can be either a driver of progress or an obstacle, depending on its application. The success of Asian countries like Japan in combining nationalism and development is emphasized, in contrast to Mexico, where the outcomes have been less fruitful. Additionally, the importance of state intervention and social cohesion is underscored as key factors in successful processes in Asia, while the lack of unity and stability in Latin America has hindered the replication of this model. The text concludes that Mexican nationalism should focus on overcoming internal divisions and resisting external influence to achieve genuine development.

Keywords: nationalism, development, State intervention, Mexico-United States.

Introducción

En este trabajo desoiremos el consejo de Cosío Villegas (1963) de no extrapolar los estudios del nacionalismo europeo a nuestra realidad latinoamericana. Somos conscientes de los escollos del análisis comparativo, pero también consideramos que tal análisis es inevitable como ejercicio intelectual, y no perdemos la esperanza de que haga algunas mínimas aportaciones (Leerssen, 2006) al estudio del nacionalismo en México.

Estamos de acuerdo que, dependiendo de las circunstancias, el nacionalismo puede ser positivo o negativo (Sen, 2008). Así que exploraremos algunas circunstancias del nacionalismo europeo y el de Asia oriental, tratando de que lo positivo no se transforme en negativo al aclimatar dichas circunstancias en la realidad mexicana.

No olvidamos que, a través de España, somos herederos de la cultura occidental, y, por tanto, esa mirada atenta al nacionalismo europeo debe tener aristas familiares para nosotros. Aristas como el modelo económico (democracia) y político (democracia) que compartimos.

Un reto mayor será la mirada hacia el nacionalismo de tradición oriental de algunos países asiáticos, pero debemos tomar ese reto, puesto que la dupla nacionalismo-desarrollo económico que han implementado dichos países ha llamado la atención de los países emergentes y los países desarrollados, pues un modelo exitoso

se vuelve un objeto de estudio para replicarlo o seleccionar algunos aspectos que puedas trasladarse a otros entornos geográficos, políticos y sociales.

EL ESTADO DESARROLLADOR

Para lograr la grandeza de una nación es necesario “pensar de cara a lo colectivo” (Safranski, 2014, p.161), como lo hicieron los nacionalistas en Alemania, Japón, Corea, China y Vietnam para corregir las “inconsistencias de *statu quo*” frente a las potencias extranjeras. Este nacionalismo trascendió la conceptualización, pues fue orientado por el Estado hacia el desarrollo económico, lo que permitió que los países antes mencionados superaran la depresión económica y se liberaran de algunas ataduras políticas y económicas exteriores.

La fórmula nacionalismo-desarrollo económico se puso a prueba en México, que a principios del siglo XX reunía condiciones económicas y sociales similares (subdesarrollo y conflictos bélicos) a las de los países de Asia oriental: “Después de la Revolución, cuando nadie más estaba en posibilidad de integrar el ente nacional, el Estado equiparó su fortalecimiento con el desarrollo de México” (Mabire, 1999, p. 492).

El Estado mexicano entendió la importancia de la unidad nacional, superando las diferencias específicas de cada región: en México la importancia de un gobierno federal fue enfatizada como medio para reconciliar el concepto necesario de la voluntad colectiva de los mexicanos que tenían diferencias regionales manifiestas (Miller, 2013, p. 382).

Los resultados En México no son equiparables a los de fueron los países asiáticos, pero la importancia y los alcances de la fórmula nacionalismo-desarrollo económico siguen despertado el interés de los economistas y políticos. Woo-Cumings (1999), por ejemplo, usa un referente literario para explicar la relación entre nacionalismo y crecimiento económico en Japón:

La palabra que más sabor de vida tiene para mí y una de las más bonitas del diccionario es la palabra «incitación». Sólo en biología tiene este vocablo sentido. La física la ignora. En la física no es una cosa incitación para otra, sino solo su causa. Ahora bien: la diferencia entre causa e incitación es que la causa produce solo un efecto proporcionado a ella. La bola de billar que choca con otra transmite a ésta un impulso, en principio, igual al que ella llevaba: el efecto es en física igual a la causa. Más cuando el agujón de

la espuela roza apenas el ijar del caballo pura sangre éste da una corveta magnífica, generosamente desproporcionada con el impulso de la espuela. La espuela no es causa, sino incitación. Al pura sangre le bastan mínimos pretextos para ser exuberantemente excitado, y en él responder a un impulso exterior es más bien disiparse. Las corvetas equinas son, en verdad, una de las imágenes más perfectas de la vida pujante y no menos la testa nerviosa, de ojo inquieto y venas trémulas del caballo de raza. Así debió ser aquel maravilloso animal llamado «Incitatus», al que Calígula nombró senador romano (Ortega y Gasset, 2004, p. 709).

En Japón el nacionalismo fue esa “espuela” que produjo una reacción exuberante: un desarrollo económico sin precedentes que se ha convertido en modelo para naciones en vías de desarrollo, y objeto de estudio para los economistas alrededor del mundo.

El nacionalismo mexicano frente al “gran imperio”

El nacionalismo mexicano ha tenido que moldearse, sobre todo en años recientes, con la influencia de los Estados Unidos. País con el que se tuvieron desacuerdos históricos que han configurado una relación de “carácter propiamente conflictivo” (Insulza, 1992, p. 654). Aunque la vecindad con el mayor importador del mundo debería ser envidiable, la frase “Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos”, atribuida a Porfirio Díaz, conserva vigencia en la construcción del nacionalismo mexicano:

En los nexos que México debió establecer con Estados Unidos desde los inicios de su vida nacional, es posible encontrar numerosos ejemplos de cooperación y mutuo beneficio. Sin embargo, es desde la perspectiva opuesta, la de las diferencias y choques de intereses, como se puede hacer de manera más económica la observación y análisis de la naturaleza de la relación entre dos países obligados a desarrollar su vecindad en el marco de una notable y creciente asimetría de poder. Y es en esa relación tan desigual como estrecha donde se encuentra una de las claves de un nacionalismo mexicano que, por la asimetría, tiene que ser fundamentalmente reactivo y defensivo (Meyer, 2006, pp. 421-422).

Hay una característica más que ha configurado la relación de México frente a Estados Unidos, su independencia política no implica independencia económica, y en esto no es diferente a otras naciones del continente americano: los países latinoamericanos lograron su independencia en el último siglo, en términos políticos, pero no consiguieron su independencia económica (Vyasulu, 1974, p. 609). Estas diferencias explican, en parte, por qué México y otros países latinoamericanos no han encontrado

en la mancuerna nacionalismo-desarrollo económico el mismo éxito que sus homólogos orientales.

Nacionalismo e intervencionismo estatal

Las intervenciones del Estado en una economía capitalista deberían mantenerse en un mínimo aceptable, un parámetro que ya había observado el Banco Internacional (1991, p. 6) cuando concluye que el desarrollo económico de los países de Asia oriental se debe a que sus gobiernos fueron disciplinados en sus intervenciones sobre el mercado interno y externo. Sin embargo, la apreciación del organismo internacional no fue precisa, pues como dice Rosales (2021, p. 1263), éste tuvo que reconocer finalmente que la intervención estatal fue más decidida de lo que en un primer momento había declarado. Esta corrección, sin embargo, clarifica un aspecto en el que reside el éxito económico de los países de Asia oriental: la intervención firme del Estado en la economía, un tema complejo que no deja de generar polémica entre los estudiosos del nacionalismo. Woo-Cumings (1999, p. 6), por ejemplo, habló de que la legitimidad de las intervenciones económicas del Estado en la región de Asia oriental y la determinación de sus poblaciones para aprender y desarrollarse revelan un fenómeno complejo. Pero Woo-Cumings no es el único que considera que debe tomarse en cuenta este problema cuando hablamos de desarrollo económico:

Si tuviéramos que pensar en un "agente aglutinante" para el desarrollo, ¿no diríamos que éste depende de la capacidad y la determinación de una Estado y sus ciudadanos para organizarse? Tal vez esto no sea tan obvio y vago como parece. Si nos centramos en la determinación, por ejemplo, estamos tomando una de las características específicas de los procesos de desarrollo en los países subdesarrollados. Esta condición los obliga a hacer de su desarrollo un proceso más deliberado y menos espontáneo que en los países desarrollados (Hirschman, 1958, p. 8).

Japón, por ejemplo, se benefició de la experiencia y el conocimiento de los países desarrollados, mandando a un grupo selecto de ciudadanos a observar y aprender *in situ* los procesos y técnicas de las superpotencias:

Una de las primeras cosas que hizo el nuevo gobierno nipón para sacar al país de una situación de economía semifeudal, fue adoptar las modernas técnicas del capitalismo en

uso en Occidente. El Estado en los primeros años de la Restauración mandó misiones de estudio a Europa y EE. UU., integrada mayormente por funcionarios del gobierno (varios de los cuales más tarde llegaron a ser ministros de Estado, y alguno de ellos, incluso primer ministro), para ver la realidad económica de esos países y ver qué era lo más conveniente para Japón. Estas misiones sirvieron para traer lo mejor de las técnicas modernas de Occidente para la industria y la organización de un Estado moderno (Aquino, 2000, pp. 121-122).

El desarrollo de los países de Asia oriental ha puesto en entredicho la idea clásica del intervencionismo estatal limitado. Quizá en un futuro el intervencionismo decidido y bien organizado, pero sin los excesos autoritarios, se vea como algo más orgánico en el camino del crecimiento económico de los países en vías de desarrollo.

Nacionalismo y desarrollo tardío

La etiqueta “desarrollo tardío” tiene un matiz semántico negativo, pero como dice Safranski acerca de la Alemania de fines del siglo XVIII: “El inconveniente de la tardanza se convertirá en ventaja” (2009, p.159). En primer lugar, porque los países emergentes son beneficiarios de la experiencia de los países desarrollados. En segundo lugar, porque el proceso de desarrollo de estos países es más deliberado (Hirschman 1958, p. 8), lo que implica planeación e imitación de modelos organizativos, productivos y tecnológicos exitosos, algo en lo que Japón sentó un precedente, pues no solo replicó dichos modelos, sino que en algunos casos los mejoró. Llegar tarde al banquete del desarrollo o ser *latecomers*, como diría Hirschman (1958b), tiene ventajas.

Aunque la dupla exitosa nacionalismo-desarrollo económico fue relativamente homogénea en los países de Asia oriental, no podemos decir lo mismo de Latinoamérica, y especialmente de México, donde esta mancuerna no ha fructificado.

Hirschman, (1958c) considera que Latinoamérica no pudo evolucionar de los países orientales por la falta de estabilidad social. Una observación certera porque la inestabilidad social no permite la integración de los ciudadanos en un colectivo que funcione como un todo, lo que es una aspiración del pensamiento nacionalista.

Pensemos en una integración como la que refiere Dusche (2010, p. 43) cuando habla del nacionalismo étnico alemán, cuyo postulado era que las personas renunciaran a su autonomía y se convirtieran en miembros de una sociedad representada

metafóricamente como un organismo. Aunque tal integración tiene algo de utópico, las divisiones políticas y económicas (criollos-peninsulares, conservadores-liberales) desde la conformación de la nación mexicana van a ser constantes hasta nuestros días, lo que representa las antípodas de esa integración que el concepto de nacionalismo demanda.

Quizá esa estabilidad social e integración que hizo falta a Latinoamérica pudiera haber sido una realidad si se hubiera puesto en práctica, con ciertas reservas, la teoría del tutelaje que, en cierta medida, fue utilizada en los países de Asia oriental: en términos simples, la política del tutelaje nos dice que los habitantes de un país en desarrollo necesitan la dirección inicial del Estado para convertirse en ciudadanos responsables, capaces de ejercer derechos adicionales como el voto (Moore, 2013, 454).

Elementos aglutinantes del nacionalismo

El lenguaje ha sido un elemento básico para los intereses unificadores del nacionalismo, pero no es el único ni el más efectivo, pues como dice Dusche (2010b): el reciente interés por el mito y la religión es la respuesta a la necesidad de inclusión y pertenencia de aquellas personas desorientadas en su identidad nacional. Esto lo podemos constatar en los balbuceos de México como una nación independiente, ya que la religión, más que el lenguaje, fue un factor decisivo para agrupar “como una sola” a una población heterogénea que no tenía unidad en el lenguaje, sino una dualidad: castellano-indígena.

El llamado “grito” de Dolores ejemplifica la función de los símbolos religiosos como medios de unidad nacional, pues el cura Hidalgo utilizó las campanas de la iglesia y un estandarte de la Virgen de Guadalupe para dar inicio al proceso que culminaría con la independencia de México. Pero incluso en años recientes, y en una zona geográfica en que el español ya era la norma, vimos el estandarte de la Virgen como medio unificación nacional en manos del candidato que rompió la hegemonía priista en el poder, y que supuestamente abriría un nuevo camino en el desarrollo político y económico de la nación mexicana. Quienes fuimos testigo de la efervescencia nacional que siguió al triunfo de Fox, independientemente del desencanto que se produjo

después durante su gobierno, tuvimos una imagen envidiable de la unidad propugnada por el nacionalismo.

La idea de conjuntar las voluntades de un pueblo en una es sola es, desde su planteamiento, metafórica, y por tanto se han acuñado distintas frases para representar este anhelo de unidad. Dusché (2010c), cita la frase “personalidad corporativa ficticia” de Schlegel, quien desencantado del sistema republicano propone el regreso a la monarquía que proporciona un orden jerárquico incontestable para unir las voluntades más dispares:

Las aspiraciones democráticas del nacionalismo cívico se transformaron inteligentemente en una forma simbólica de participación; no se trataba de una participación independiente con una causa común, sino la participación colectiva donde ningún miembro es autosuficiente y el todo asume control total de sus órganos y extremidades (Dusche, 2010, p. 44).

Dusche (2010d) toma algunas ideas más de Müller para apoyar el concepto de personalidad corporativa ficticia. Por ejemplo, considera errónea la idea paternalista del Estado como proveedor de sus miembros: “Los miembros deben estar al servicio del Estado”. También piensa que las personas no deben ser egoístas en un sentido temporal, es decir, sus acciones deben estar en consonancia con las de sus antepasados.

El nacionalismo permitió a la nación germana su unificación y desarrollo, aunque, como en el caso de Japón, también devino en imperialismo:

El uso brutal del nacionalismo en la guerra mundial de 1914-18 fue un hecho significativo para alertar a las personas alrededor del mundo del potencial destructivo de éste, ejemplificado por los alemanes, los británicos y los franceses, quienes, alentados por sus respectivas identidades y compromisos nacionales, lucharon encarnizadamente (Sen, 2008, p. 41).

Una vez consolidado el desarrollo de un país, gracias a los elementos aglutinantes que proporciona el nacionalismo, otro problema es el efecto negativo que la potencia económica naciente pueda causar a sus vecinos, y que veremos en el siguiente apartado.

Nacionalismo y colonialismo

El nacionalismo toma un rumbo potencialmente peligroso cuando se combina con el colonialismo porque la dependencia económica y política de una nación la hace blanco natural de abusos y omisiones por parte de la metrópoli. Pensemos en Gran Bretaña e Irlanda, en el pasado, y China y Taiwán en el presente.

Si el nacionalismo del país colonizador implica, como sucede comúnmente, desconocimiento o falta de comprensión de los valores identitarios de la nación colonizada, los ingredientes para el desastre están sobre la mesa: el nacionalismo puede obnubilar la comprensión de otras sociedades, y esto puede jugar una terrible parte especialmente cuando un país es inusualmente poderoso en comparación de otro (Sen, 2008b).

México, o más precisamente la Nueva España, tuvo un pasado colonial en que el nacionalismo de la “madre patria” afectó sus intereses de diferentes formas. Según Florescano (2002) los criollos tuvieron tres vías para afirmar su identidad ante la Corona Española: el establecimiento de lazos de identidad con la tierra, el rescate del pasado indígena y la creación de símbolo patrios. Me centraré en la del pasado indígena para mostrar cómo, a pesar de las buenas intenciones de los criollos, hay todavía en su incipiente identidad nacional un elemento negativo:

En la Monarquía indiana del franciscano Juan de Torquemada, publicada en 1615, el pasado mesoamericano fue ascendido a la categoría de una antigüedad clásica. En esta obra Torquemada recogió el saber acumulado por sus antecesores (Andrés de Olmos, Motolinía, Diego Durán, Bernardino de Sahagún y Gerónimo de Mendieta), y con esos conocimientos compuso una suma del pasado y las tradiciones de los nativos del país que gozó de fama en su tiempo y tuvo gran influencia más tarde. Sin embargo, Torquemada mantuvo la concepción denigratoria que hasta entonces había impedido la recuperación de ese pasado: la idea de que la religión y las obras que expresaban esa cultura eran producto del demonio (Florescano, 2002, pp.11-12).

Como puede verse, en la compleja relación colonizador-colonizado es muy difícil que el nacionalismo del país dominante logre comprender a cabalidad todas las facetas que constituyen la identidad de la nación dominada. Quizá la comprensión cabal implicaría la liberación del país dominado, un proceso que históricamente solo se ha conseguido a través del conflicto armado.

El caso de Gran Bretaña e Irlanda

La hambruna en Irlanda en el siglo XIX es un ejemplo de cómo un pensamiento nacionalista puede conducir a la indiferencia o la mala administración de una tragedia de tintes catastróficos que mermó considerablemente la población de Irlanda:

Para ilustrar el punto, consideremos las hambrunas irlandesas de la década de 1840 que afectaron a la población de Irlanda. Éstas causaron una emigración en las condiciones más terribles de viaje que la historia ha conocido. Hoy en día la población irlandesa es más pequeña que cuando comenzó esta crisis en 1845 (Sen, 2008, p. 41).

Una respuesta adecuada pudo haber evitado o, al menos aminorado, lo que se convirtió en una tragedia humanitaria, pero la imposibilidad de la metrópoli de comprender desde su postura hegemónica los elementos identitarios de otra nación influyeron en la respuesta a la crisis humanitaria:

Si los que estaban a cargo de la emergencia humanitaria hubieran hecho algo por remediar la tragedia, las hambrunas en Irlanda se pudieron haber prevenido. Las políticas públicas para la prevención de desastres están influenciadas por consideraciones políticas, sociales y culturales que determinan las prioridades de la administración, que a su vez están influenciadas por las actitudes de los administradores (Sen, 2008b).

Este tipo de fenómeno se repitió en 2017 con la escasa respuesta del gobierno del Donald Trump ante el desastre sufrido por Puerto Rico con el Huracán María.

Por definición, una nación colonizada presenta diferentes flancos de vulnerabilidad en lo económico, político y social, pero quizá el flanco más vulnerable es el que tiene que ver con la identidad nacional. ¿Cómo puede un pueblo conservar sus elementos identitarios bajo el yugo de otra nación? Como la historia de Latinoamérica nos ha mostrado, después del asedio militar viene el de la lengua, la religión y las costumbres. Es una batalla que no tiene fin, y que no importa el nivel de alfabetización, catequización y civismo impuesto, para la metrópoli siempre habrá un grado de extrañeza en la población colonizada: “Gran Bretaña consideraba a Irlanda una nación extraña y hostil” (Mokyr, citado en Sen, 2008c). Las consecuencias de este extrañamiento pueden llegar a ser catastróficas:

Este alejamiento afectó muchos aspectos de las relaciones entre Irlanda y Gran Bretaña. Por un lado, desalentó la inversión de capital británico en Irlanda, contribuyendo a su subdesarrollo. Pero lo más preocupante fue una asombrosa insensibilidad con respecto a las hambrunas y el sufrimiento en Irlanda, y la ausencia de cualquier intento decidido por parte de Londres para prevenir la indigencia y el hambre en Irlanda (Sen, 2008, pp. 41-42).

La falta de empatía ante el sufrimiento de los irlandeses muestra que para los británicos este pueblo se convirtió en el “otro”, esa categoría filosófica que puede sentar las bases de la discordia y la incompreensión. El extrañamiento de los británicos hacia los irlandeses también condujo a interpretaciones erróneas y sesgadas de la problemática de este país, y esto por supuesto influyó en la ayuda, o la falta de ésta, ante una emergencia humanitaria. Algo que Sen (2008) ya ha notado:

La pobreza en Gran Bretaña se atribuía típicamente a los cambios económicos y sus fluctuaciones, pero se consideraba que la pobreza irlandesa era generada por la pereza, la indiferencia y la ineptitud, por lo que la "misión de Gran Bretaña no se veía como una para aliviar al irlandés de la angustia sino para civilizar a su gente y llevarlos a sentirse y actuar como seres humanos" (Lebow, 1977, como se citó en Mokyr, 1983, p. 291-292).

Si cambiáramos los papeles y Gran Bretaña se encontraría en medio de una hambruna, seguramente la respuesta de los encargados de la ayuda humanitaria hubiera sido muy diferente: “Es difícil pensar que la administración de Londres hubiese permitido que ocurrieran hambrunas en Inglaterra como las de Irlanda en la década de 1840” (Sen, 2008, p. 42).

Pero la indolencia no es el síntoma más grave de un nacionalismo imperialista, sino culpabilizar a la nación colonizada de los problemas que con interés y planificación hubieran podido resolverse o, al menos, no haber escalado hasta un punto de quiebre trágico:

La tendencia a culpar a las víctimas abunda en las historias del dominio de un pueblo sobre otro. De nuevo, se ejemplifica en las hambrunas de la década de 1840, cuando el gusto irlandés por la papa se agregó a la lista de las calamidades que, según los ingleses, hacían que los nativos en gran medida sufrieran la hambruna (Sen, 2008, p. 42b).

Según el jefe de tesoro de Londres, el gusto por la papa era más una limitante que una oportunidad para explorar las posibilidades culinarias del tubérculo: apenas existe una mujer de la clase campesina en el Occidente de Irlanda cuyo arte culinario exceda el de hervir una papa (Trevelyan, como se citó en Woodham-Smith, 1962, p. 76). Y para finalizar, Sen (2008, p. 42) ironiza: Al parecer, allí vemos el nacimiento de una explicación excelente de una hambruna: ¡la gente se moría de hambre porque las campesinas irlandesas no eran capaces de cocinar algo más que una papa!

Finalmente, el pueblo colonizado estará tan inmerso en las problemáticas que, por hecho u omisión, la metrópoli le genera, que poco o nada podrá hacer por su desarrollo económico y social, como Cosío (1963) ya había mencionado en el caso de los pueblos latinoamericanos.

El Nacionalismo: del arquetipo al estereotipo

El concepto de nacionalismo presupone una generalización, ya que la población de cualquier país es tan numerosa y diversa que no es posible crear un modelo que haga justicia a tal diversidad. Sin embargo, los pensadores nacionalistas deben seleccionar una serie de valores, símbolos y actitudes positivas que reflejen el ser nacional y sirvan como modelo de unidad para la población en general: el arquetipo. Junto a este, sin embargo, y por el mismo procedimiento selectivo aparece el modelo negativo: el estereotipo. Éste suele ser configurado por la mirada exterior, y ha servido para “explicar” el subdesarrollo de los países latinoamericanos y asiáticos. Pero el desarrollo económico exitoso de éstos últimos mostró la debilidad de dichos estereotipos.

El “milagro” japonés atrajo la atención de los economistas a nivel mundial, pero sobre todo de las naciones en vías de desarrollo, quienes vieron en este fenómeno un modelo a seguir y una prueba de que el desarrollo económico no era prerrogativa de ciertas regiones geográficas o países privilegiados:

La doble actitud hacia el nacionalismo japonés fue una característica generalizada del pensamiento indio durante los años previos a la independencia. Rabindranath Tagore¹

¹ Rabindranath Tagore, poeta, cuentista, dramaturgo, compositor, ensayista y pintor. En 1913 se convirtió en el primer no-europeo en obtener el Premio Nobel de Literatura. Robinson, W. Andrew (2023,

apreció y alabó la importancia de la experiencia japonesa en el desarrollo económico y social como algo que dio esperanza y cierta base de confianza en sí mismos a los países fuera de Occidente (Sen, 2008, p. 42).

Tagore, al fin literato, fue generoso en el uso de metáforas para describir el crecimiento económico en Japón, pero también señaló cómo algunos estereotipos asociados con el subdesarrollo quedaron invalidados con el éxito económico del país asiático:

En la India hubo una admiración hacia Japón, sustentada en su demostración de que una nación asiática podría rivalizar con Occidente en el desarrollo industrial y el progreso económico. Tagore señaló que Japón había "dejado, con pasos gigantescos, siglos de inacción". Esto fue inspirador para otras naciones fuera del oeste. "Se ha roto", dijo Tagore, "el hechizo bajo el cual estuvimos atormentados durante siglos, considerando el subdesarrollo como la condición normal de algunas razas que viven en ciertos límites geográficos" (Sen, 2008, p. 39).

El pueblo mexicano está familiarizado con ese "hechizo" del que habla Tagore, pues ciertos estereotipos han sido esgrimidos para explicar su subdesarrollo. Quizá el más famoso de dichos estereotipos, asociado con el pecado capital de la pereza, es la imagen del mexicano sentado junto a un cactus con un sarape y un gran sombrero que ni siquiera permite ver la parte más significativa de su humanidad: el rostro. Recientemente, Trump ha atizado a nuestros connacionales, tildándolos de asesinos, violadores y mexicanos de segunda, casi parias de la sociedad mexicana que llevan sus problemas a través de la frontera:

Cuando México envía a su gente, ellos no mandan a los mejores. Ellos no envían a personas como tú. Ellos envían a personas que tienen muchos problemas, y ellos nos traen esos problemas. Ellos son traficantes de drogas, criminales y violadores. Y algunos, quiero pensar, son buenas personas (Citado en Schubert, 2017, p. 50).

Schubert (2017) hace un análisis lingüístico del discurso de Trump, en el que no abundaremos por haber traducido el texto, pero nos interesa cómo demuestra que este discurso plagado de estereotipos del mexicano tiene sus antecedentes en la serie de televisión *Breaking Bad* de Gilligan (2008-2013) y las películas *Traffic* de Steven

Soderbergh (2000), *Savages* de Oliver Stone (2012) y *The Counselor* de Ridley Scott (2013).

La industria cinematográfica tiene una gran influencia en la sociedad estadounidense, y no solo en nutrir y celebrar el modo de vida americano, sino en la representación del otro, del extranjero y del migrante. Después del bombardeo mediático que significó la exhibición de las películas antes mencionadas, Trump tenía preparado el terreno para que su discurso plagado de estereotipos cobrara sentido en el imaginario de su electorado.

El nacionalismo libertario

Si las políticas nacionalistas pueden contribuir al desarrollo económico de una nación, también pueden coadyuvar a su construcción desde un pasado colonial que, con los aspectos negativos que conlleva, hace posible una base económica, política y social desde donde concebir y maquinar la independencia.

Quizá no hay un camino diferente, pues como dice Miller (2013, p. 379) hasta ahora los latinoamericanos se han definido principalmente en relación con la poderosa influencia que tuvieron en ellos sus antiguas metrópolis (España y Portugal). El país colonizado es un embrión destinado a convertirse en un nuevo ser político. Los procesos históricos dan fe de esta búsqueda de independencia, y en esta demanda se conjuntan dos de los grandes pensadores de la India:

Exactamente dos años antes de la independencia de la India, el 15 de agosto de 1945, en su último mensaje a la nación, Subhas Chandra Bose² escribió: "No hay poder en la tierra que pueda mantener a la India esclavizada. La India será libre y en poco tiempo". Esa confianza, basada en un compromiso decidido con la gran causa de poner fin a la dominación imperial sufrida por la India, muestra una faceta muy atractiva del nacionalismo: puede inspirar y motivar a la gente de un país sometido al dominio extranjero a salir de su esclavitud. La sentencia nacionalista que Bose articuló sobre la incapacidad de cualquier poder en la tierra para mantener a la India esclavizada puede verse en el contexto de la necesidad de superar lo que Rabindranath Tagore había llamado "la peor forma de esclavitud", es decir, "la esclavitud del abatimiento que deja a los hombres sin esperanza y sin fe en sí mismos" (Sen, 2005, p. 39).

² Subhas Chandra Bose fue un nacionalista indio cuyo desafiante patriotismo lo convirtió en un héroe en la India, pero al intentar liberar a la India del dominio británico se alió con la Alemania nazi y el Japón imperial, lo que le dejó una reputación cuestionable.

El sentimiento nacionalista tiene algo de casualidad, no solo porque éste se herede con el nacimiento. Un anarquista que nació en Alemania, por ejemplo, no se interesará por el nacionalismo alemán. Pero casi en cualquier otro caso, la persona nacida en un país específico terminará por alinearse al nacionalismo de ese país. Esto lleva a Sen (2008, p. 39) a preguntarse: ¿este sentimiento no está irremediablemente limitado y restringido por lo fortuito del nacimiento?

En principio, y a menos que un ciudadano cambie de residencia muy temprano en su niñez, compartirá con sus compatriotas una serie de rasgos culturales, políticos y sociales que son un primer “borrador” de lo que vendría a ser su identidad nacional: “La construcción de lo que somos dentro de una cultura particular marca la manera en la que pensamos, lo que hacemos y nuestra experiencia del mundo; nos crea un horizonte de perspectivas y de expectativas, no da una historia nacional, un territorio y un grupo de pertenencia del cual nos sentimos parte” (Giori, 2014, p. 100) . Pero “una golondrina no hace primavera”, como un ciudadano no implica nacionalismo. Para llegar a éste, además de los elementos básicos que son dados por nacimiento y socialización en un lugar geográfico específico, se requiere un paso más que no es fortuito:

Hay elementos de elección subyacentes al pensamiento nacionalista, y esto es importante de reconocer ya que la comprensión del papel de la elección es de suma relevancia para tener una visión responsable de las decisiones y prioridades de cada uno de nosotros (Sen, 2008b).

Hay dos ejemplos que nos muestran cómo es posible “superar” el determinismo del nacimiento. El primero es el cambio de nacionalidad, trámite que se ha vuelto cotidiano en las relaciones de parejas con diferentes nacionalidades y en la regularización a cuentagotas de la situación migratoria de personas que entraron de forma ilegal a los Estados Unidos. El segundo ejemplo no implica siquiera el cambio de nacionalidad o el malestar con respecto a los alcances y limitaciones de ésta: “También una persona puede estar satisfecha con su nacionalidad y, sin embargo, luchar por la independencia de otro país, o por la dignidad y el bienestar de una nación extranjera” (Sen, 2008c).

En América Latina, Simón Bolívar, llamado el libertador de América por su importante papel en la independencia de Bolivia, Colombia, Perú, Ecuador y Venezuela, ejemplifica cómo el nacionalismo no solo tiene una influencia benéfica en los oprimidos, sino también en aquellos capaces de sentir empatía por los alienados, y, por lo tanto, adherirse a la causa justa de su liberación:

Es importante resaltar que el papel positivo del nacionalismo no tiene que influir sólo en las víctimas de la dominación extranjera. La búsqueda de justicia contra el cautiverio puede inspirar a otros que vienen de otros lugares pero que eligen unirse a esa lucha, movidos por la causa de la independencia y la regeneración de una nación dominada, y que vienen a desarrollar un vínculo estrecho con esa sociedad desvalida (Sen, 2008d).

Los ejemplos vistos muestran que el afianzamiento del nacionalismo de un país no tiene que derivar en el sometimiento de otros países. Por el contrario, el nacionalismo puede ser un sentimiento altruista que busque para otros países la condición mínima para el florecimiento del nacionalismo: la independencia. Si el nacimiento parece un ancla propia del nacionalismo, la necesidad y la empatía pueden transferirle un sentido más amplio y trascendente:

Debido a la posibilidad de tal identificación elegida y no sólo heredada, y por tanto abierta a cualquier persona en el mundo, el nacionalismo no es regional ni hereditario. Hay algo de universal en el nacionalismo, que es de particular relevancia cuando la causa involucrada es la de los oprimidos del mundo (Sen, 2008e).

El nacionalismo y la resiliencia

Otro de los “beneficios significativos y sustanciales” (Sen, 2008, p. 40) del nacionalismo es la resiliencia que despierta en un pueblo que sufre el asedio político, económico o militar de un país más poderoso. Si hay una identidad nacional fuerte, el pueblo sometido encuentra en ésta una fuerza para resistir. Si hay divisiones de carácter político o ideológico en la nación sometida, los bandos entran naturalmente en una especie de tregua para enfrentar al enemigo común que compromete el futuro de ambos.

Es el caso de México durante la presidencia de Benito Juárez. Sheppard (2011, pp. 507) describe cómo el periódico *UnomásUno* compara la nacionalización de la banca

a finales del sexenio de López Portillo con la negativa de Benito Juárez a pagar la deuda externa, porque en ambas situaciones el presidente en turno recibió el apoyo de la clase política, incluso de aquellos que habían sido sus adversarios. En otras palabras, las medidas nacionalistas crearon un entorno de unidad política necesaria para resistir las posibles represalias políticas y económicas del poderoso vecino del norte.

El nacionalismo cultural

El nacionalismo cultural puede presentarse como el lobo vestido de oveja. En teoría, es un concepto positivo que Hutchinson (2013) define de la siguiente forma: aunque el nacionalismo cultural puede acompañar y apoyar el nacionalismo político, aquel está más interesado en crear comunidades con un sentido ético que se reconozcan y recreen a través de la lengua, la literatura y las artes con la finalidad de formar una identidad.

Leerssen (2006), por su parte, agrega al sentido positivo del concepto, la preocupación de los promotores del nacionalismo cultural por reevaluar y revalorizar las diferentes culturas vernáculas. El problema es que el sentido ético termina cuando se imponen todas estas manifestaciones de la cultura a una nación dominada. La historia nos muestra que la nación colonizadora impone su lengua y cultura a la nación colonizada, como fue el caso de lo que hoy es España que impuso su lengua y religión a la mayor parte de Latinoamérica.

De la misma forma que se pone una cultura por encima de otra para avasallarla y destruirla, asimismo el ciudadano de la metrópoli es puesto por encima del súbdito de la Corona. Tal es la consigna explícita o implícita del Emperador o presidente y de los potentados designados para administrar las colonias, lo que puede comprobarse en la hambruna de Bengala (1943) en la que el gobierno británico priorizó sus intereses bélicos (Mukerjee, 2014) por encima de la hambruna que estaban sufriendo más de un millón de bengalíes:

Este problema cultural también es profundamente político en su sentido más amplio, y el nacionalismo cultural puede crear una gran división entre el gobernante y el gobernador, lo que hace una gran diferencia en la forma en que se gobierna una nación dependiente. La actitud británica hacia Irlanda, incluido el profundo escepticismo de los políticos en Londres acerca del carácter irlandés, se corresponde con otros casos de prejuicio nacional que jugaron un papel sustancial en la falta de gobernanza colonial. El

famoso comentario de Winston Churchill de que la hambruna de Bengala de 1943 fue causada por la tendencia de las personas en esa región de la India a reproducirse como conejos, pertenece a esta tradición general de culpar a la víctima. Esta manera de pensar tuvo un efecto profundo al retrasar, de manera crucial, el alivio de esa hambruna desastrosa y fácilmente prevenible. Las demandas del nacionalismo cultural se fusionan bien con la asimetría del poder y pueden tener efectos devastadores (Sen, 2008, p. 42).

El nacionalismo cultural representa un bien para los ciudadanos de la metrópoli, pero un perjuicio para los ciudadanos del país colonizado. Este perjuicio puede tomar diferentes formas que van desde la destrucción del patrimonio cultural (lengua y monumentos), el menosprecio de la cultura, la indiferencia o falta de gobernanza y la revictimización. Los países latinoamericanos vivieron en carne propia cada uno de estos perjuicios y no es exagerado decir que hasta la fecha existe un desprecio interiorizado por lo autóctono en favor de las manifestaciones culturales de las grandes metrópolis en Europa y Estados Unidos.

Conclusiones

El nacionalismo puede ser benéfico en muchos contextos geográficos. En México, por ejemplo, el nacionalismo puede jugar un papel esencial en la emancipación del dominio estadounidense sobre nuestro país y lograr unidad interna. El nacionalismo mexicano podría ayudar a hacer frente a la dominación y sometimiento y rechazar como realidades los estereotipos que los norteamericanos nos han impuesto para explicar nuestro subdesarrollo: flojos, violadores, narcotraficantes, corruptos, racialmente inferiores, etc. Al igual que los ingleses hicieron con los irlandeses e indios, los Estados Unidos culpan a México de sus desgracias recurriendo a estereotipos. También podría ayudar a superar el racismo y clasismo que divide al país, lo que nos permitiría avocarnos en la reconstrucción nacional. Con un gobierno fuerte y unidad nacional, basada en un nacionalismo que busque la dignidad del país, México puede ocupar el lugar que se merece en el mundo como una gran nación. El propósito del nacionalismo mexicano debe ser el fortalecimiento de la identidad nacional, con todo lo que esto conlleva, de la mayoría de los mexicanos y no solo la de las élites.

Bibliografía

- Aquino Rodriguez, C. 2000. El rol del Estado en la Economía. La experiencia del Asia Oriental. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas*, 5(15), 119-130.
- Cosío Villegas, D. 1963. Nacionalismo y desarrollo. *Foro Internacional*, 3(11), 317-332.
- Dusche, M. 2010. Origins of Ethnic Nationalism in Germany and Repercussions in India. *Economic & Political Weekly*, 45(22), 37-46.
- Florescano, E. 2002. De la patria criolla a la historia de la nación. *Secuencia*, 52(1), 7-39.
- Giori, P. 2014. Nacionalismo cultural, propuestas metodológicas interdisciplinarias. *Temáticas*, 22(44), 87-112.
- Hirschman, A. O. 1958 *The Strategy of Economic Development*. New Haven: Yale University Press.
- Hutchinson, J. 2013. Cultural Nationalism. In John Breuilly (Ed.), *The Oxford Handbook of The History of Nationalism* (1st ed., pp.75-94). Oxford: Oxford University Press.
- Insulza, J. M. 1992. Los Estados Unidos y el nacionalismo mexicano. En Cecilia Noriega (Ed.), *El nacionalismo en México. VIII coloquio de antropología e historia regionales* (pp. 653-661). Zamora, Michoacán: El colegio de Michoacán.
- Leerssen, J. 2006. Nationalism and the cultivation of culture. *Nations and Nationalism* 12 (4), 559-578.
- Mabire, B. 1999. Dilemas del nacionalismo oficial mexicano. *Foro Internacional*, 39 (4), 479-498.
- Meyer, L. 2006. Estados Unidos y la evolución del nacionalismo defensivo mexicano. *Foro Internacional* 46 (3), 421-464.
- Miller, N. 2013, Latin America: State- building and Nationalism. In John Breuilly (Ed.), *The Oxford Handbook of The History of Nationalism* (1st ed., pp.377-394). Oxford: Oxford University Press.
- Mokyr, J. 1983. *Why Ireland Starved: A Quantitative and Analytical History of the Irish Economy, 1800-1850*. Allen & Unwin.
- Mukerjee, M. 2014, Bengal Famine of 1943: An Appraisal of the Famine Inquiry Comission. *Economic and Political Weekly*, 49 (11), 71-75.

- Ortega y Gasset, J. 2004. *Obras Completas, Tomo II (1916)*. Madrid: Santillana.
- Rabindranath, T. 1917. *Nationalism*. New York: Macmillan.
- Rosales, O. 2021. La experiencia económica del Corea del Sur: lecciones y desafíos. *El Trimestre Económico*, 84 (4), 1247-1273.
- Schubert, C. 2017. Constructing Mexican Stereotypes: Telecinematic Discourse and Donald Trump's Campaign Rhetoric. *Critical Approaches to Discourse Analyses across Disciplines*, 8 (2), 37-57.
- Safranski, R. 2014. *Romanticismo una odisea del espíritu alemán*. Barcelona: Fábula Tusquets Editores.
- Sen, A. 2008. Is Nationalism a Boon or a Curse? *Economic & Political Weekly*, 43 (7), 39-44.
- Sheppard, R. 2011. Nationalism, economic crisis and 'realistic revolution' in 1980s Mexico. *Nations and Nationalism*, 17 (3), 500-519.
- Vyasulu, V. 1974. On the Latin American View of Underdevelopment. *Economic and Political Weekly*, 9 (15), 607-612.
- Woo-Cumings, M. (Ed.). 1999. *The Developmental State*. Ithaca and London: Cornell University Press.
- Woodham-Smith, C. 1962. *The great Hunger. Ireland 1845-1849*. New York and Evanston: Harper & Row Publishers.
- World Bank. 1991. *World Development Report: the challenge of Development*. Oxford: Oxford University Press.

Documentos
de trabajos
eBooks Novedades
Fondos
editorial
Revistas
LIBROS LIBROS
X @LibrosCIDE